
CANTO DÉCIMOTERCERO.

Nuevos obstáculos. Selva encantada.
Grandísima sequía. Algunos de los cruzados abandonan el campamento.

I

Hecha apénas cenizas la bastida
Cayó que las murallas expugnaba,
De defender la plaza combatida
Ismeno nuevos medios ideaba.
Piensa cómo surtirse al franco impida
Del material que el bosque le prestaba,
A fin que nueva torre no construya
Que los reparos de Sion destruya.

II

No léjos hay de las cristianas tiendas,
Entre dos valles, una selva umbrosa
De altos árboles viejos, que en horrendas
Formas, funesta dan sombra espantosa.
La luz del mediodia que halla sendas
Por do penetre, es pálida y dudosa,
Como cuando por nubes encubierta,
Si es de noche ó de dia mal se acierta.

III

Partiendo el sol, sobre ella se despliega
 Noche, nube, terror, tiniebla oscura
 Cual del infierno; que los ojos ciega
 E infunde al corazon mortal pavora.
 Vaquero ni pastor allí no llega
 A su ganado ó grey á dar pastura,
 Ni viajero, si ya no va perdido,
 Y huye, y la apunta de temor henchido.

IV

Júntase allí la turba detestable
 De brujas, con su amante cada una:
 Cuál figura el dragon más espantable;
 Cuál toma la comun forma cabruna:
 Junta infame, que acaso al miserable
 Que deseo atormenta de fortuna,
 Celebrar hace con inmundo rito
 Aquel enlace réprobo y maldito.

V

Esto allí creen. No hay un habitante
 Que ramas corte al bosque. Los cristianos
 Le violan, que materia da abundante
 De que fabriquen máquinas sus manos.
 Allí va el mago en oportuno instante
 Del reposo y silencio antelucanos,
 A trazar sus hechizos y figuras
 Y las potencias invocar impuras.

VI

Desceñido, descalzo un pié, en revuelto
 Círculo puesto, dice un gran conjuro,
 Tres veces al Oriente el rostro vuelto
 Y otras tres donde el sol declina puro;
 Tres la vara sacude que ha devuelto
 Vida á los que encerró sepulcro oscuro,
 Tres con el pié desnudo el suelo hiere,
 Y estas voces con grito alto profiere:

VII

“Oid, oid, terríficas deidades,
 “Que el rayo derribó del firmamento,
 “Las que moveis las recias tempestades
 “Y en el reino morais del vago viento,
 “Las que con duras hórridas crueldades
 “A las precitas almas dais tormento,
 “Del infierno habitantes, yo os invoco,
 “Y á tí, del fuego eterno rey, provoco.

VIII

“Esta selva y las plantas que contenga
 “Custodiad con solícito cuidado;
 “Como alma el cuerpo, que cada árbol tenga
 “A alguno de vosotros encerrado:
 “Huya el franco, ó al ménos se detenga,
 “A los primeros golpes espantado.”
 Dijo, y agrega una blasfemia horrible
 Que repetir sin crimen no es posible.

IX

Miéntas habla, las luces celestiales
 De la serena noche palidecen,
 Y la luna se turba, y sus iguales
 Cuernos en niebla envueltos desaparecen.
 Airado él dice en gritos infernales:
 “¿Los que llamando estoy aun no parecen?
 “¿Qué tardan tanto? ¿Esperan negligentes
 “Voces aun más secretas y potentes?

X

“No en olvido cayó por desusada
 “La magia poderosa é infalible,
 “Y aun yo sé con la lengua ensangrentada
 “Aquel nombre mentar grande y temible,
 “Al que obedece Hecate amedrentada
 “Y no osa despreciar Pluton terrible.
 “Así, pues.....” Más dijera; pero en tanto
 Advirtió ya el efecto del encanto.

XI

Vienen innumerables, infinitos
Espíritus que el aire vago encierra,
Y los encarcelados y proseritos
En el profundo centro de la tierra.
Lentos, tristes, recuerdan que malditos
Fueron, con prohibicion de hacer la guerra;
Mas permiso ora tienen de juntarse
Y en el follaje y troncos albergarse.

XII

El mago, cuando ve que nada falta
A su designio, al Rey vuelve contento:
"Señor, deja el temor que sobresalta
"Tu ánimo: salvo está tu real asiento;
"Ya el franco no podrá la muralla alta
"Con máquinas batir según su intento."
Así le dice, y dale luego parte
Del buen suceso de su mágica arte.

XIII

Y añade al fin: "Agrega á todo esto
"Lo que más acrecienta el placer mio,
"Que el Sol y Marte han de juntarse presto
"En el Leon celeste del estío;
"No templará el ardor suyo molesto
"Aire, turbion de lluvia ni rocío:
"Cuanto se ve en el cielo profetiza
"El calor que la tierra esteriliza;

XIV

"Tal será aquí, que apenas le resista
"El Nasamon adusto ó Garamanta,
"No tan pesado en la ciudad, provista
"De sombra y agua y con holgura tanta;
"Mas en abierta tierra y desprovista,
"¿Cómo el cristiano esa estacion aguanta?
"Domado ya por el rigor celeste,
"Lo destruirá despues la egipcia hueste.

XV

"Sin pena vencerás, y la fortuna
"Que vuelvas a tentar no es ya prudente,
"Que si Argante feroz á quien ninguna
"Quietud place, aunque honrada y conveniente,
"Te aguija como suele y te importuna,
"Mira cómo le enfrenes sabiamente,
"Que poco ha de tardar el cielo amigo
"En darte paz, y guerra á tu enemigo."

XVI

Con eso que el rey oye, se serena
Y al contrario no teme, ya animoso:
Con todo, reparar el muro ordena
Que aportilló el ariete poderoso,
Y que no quede ni una sola almena
Rota ó endeble, mira cuidadoso.
Nobleza, ciudadanos, pueblo bajo
Acuden; sin cesar bulle el trabajo.

XVII

En ese punto el pio Bullon no piensa
Que la fuerte ciudad se ataque en vano,
Sin que repuesta esté la torre inmensa
Y otras máquinas hechas de antemano.
Manda ingenieros á la selva densa
Donde madera tengan á la mano:
Allá caminan cuando el alba viene;
Mas temor nuevo el paso les detiene.

XVIII

Cual simple niño que mirar no osa
Donde trasgos creyó tener delante,
Y á quien aterra en noche tenebrosa
El duende imaginario y el gigante;
Así éstos temen sin saber qué cosa
Existe allí que tanto los espante.
Tal vez el miedo á los sentidos finge
De Quimera las formas ó de Esfinge.

XIX

Vuelve la turba tímida, azorada,
 Con tan confusos cuentos y tan varios,
 Que de ellos burlan, sin creerles nada
 De los monstruos y espanto extraordinarios.
 Manda entónces de gente más granada
 El Capitan los hombres necesarios
 Para escolta, y que puedan sin temores
 Tranquilos dedicarse á sus labores:

XX

Cuando se acercan donde está el asiento
 De los demonios en la selva oscura,
 No bien sus sombras miran, al momento
 El corazon les hiela la pavura.
 Cada cual á ocultar su miedo atento,
 Sereno rostro componer procura,
 Y tanto avanzan, que han casi llegado
 Del bosque espeso al ámbito hechizado.

XXI

Rumor inmenso se oye de repente,
 Como estruendo de horrible terremoto:
 El bramar de los vientos estridente,
 El gemir de la mar que azota el noto,
 Rugir de leon, silbido de serpiente,
 De oso y lobo aullar, recio alboroto
 De trompas y atambores, ronco trueno,
 En sólo un ruido, salen de su seno.

XXII

Sin color, el más bravo inmóvil queda:
 Mil signos el pavor comun declaran,
 Sin que razon ni disciplina pueda
 Con ellos, que ni avanzan ni el pié paran.
 El secreto poder que sienten, veda
 Que en defenderse ó resistir pensaran.
 Huyen al fin, y corre uno de modo
 Que á Bullon llega y le refiere todo.

XXIII

“ Señor, no hay de nosotros quien se atreva
 “ En la selva á cortar; tal guarda tiene
 “ Que creo (y juraria) que la cueva
 “ De Pluton el lugar aquel contiene.
 “ Tres veces de diamante tener prueba
 “ Corazon, quien el paso allí detiene
 “ Y es de sentido á resistir bastante
 “ Grito, rugido, trueno allí incesante.”

XXIV

Así habla este. Alcasto allí se hallaba
 Con otros muchos, y le oyó por suerte.
 Sin seso y temerario, éste se alaba
 De despreciar los riesgos y la muerte
 Y de que no le asusta bestia brava,
 Ni formidable monstruo, ni hombre fuerte,
 Ni terremoto, rayo, mar ó viento,
 Ni cuanto haya en el mundo más violento.

XXV

La cabeza movia, y sonriendo
 Dice: “Donde otros no osan, ir yo pido,
 “ Y cortar sin ayuda el bosque emprendo,
 “ De vanos sueños y de trasgos nido;
 “ No me lo impedirá fantasma horrendo,
 “ Rugir de fiera ó de aves el graznido,
 “ Ni que en la selva oscura y agorera
 “ La boca del infierno abrirse viera.”

XXVI

Se jacta así: licencia da á su intento
 Bullon, y toma aquel luego la via;
 Todo el bosque registra, y oye atento
 El nuevo estruendo que de allí salia;
 Mas no su paso arredra aquel portentoso
 Que impávida desdeña su osadía;
 Y al vedado lugar llegar ya piensa,
 Cuando ve (ó le parece) hoguera inmensa:

XXVII

Crece, en forma de muro alto se extiende
De humo y llamas el denso torbellino
Que cerca el bosque todo, y lo defiende
Tal, que querer cortarle es desatino.
La llama que más sube y viva esplende
Un castillo figura allí vecino
Y de guerreras máquinas provista
Esta nueva mansión de Dite es vista.

XXVIII

¡Oh, cuánto monstruo armado se presenta
En el adarve, y cuánta horrible traza!
Bizzo unos ven con cólera violenta;
Sonando otro las armas, amenaza;
Él huye al fin, pero es su fuga lenta
Cual de león á quien se diera caza;
Mas fuga al cabo, y lo que siente es miedo
Que ántes nunca amenguara su denuedo.

XXIX

No conoce de pronto haber temido;
Mas ya lejano un poco, bien lo advierte
Y se asombra é indigna, y siente herido
De despecho y pesar el pecho fuerte.
Avergonzado, triste, confundido,
Sin que á dónde le lleve el paso acierte,
Se aparta. Su faz ántes orgullosa
Donde pueda ser vista alzar no osa.

XXX

Llamado por Bullon, tarda, y alega
Pretextos, presentársele esquivando;
Va al fin despacio: el labio no despega
O habla con confusion como soñando.
A colegir Gofredo pronto llega
Que su derrota y fuga está ocultando
Y piensa "¿qué habrá aquí? Tal vez prestigios
" O de naturaleza altos prodigios;

XXXI

" Mas si hay alguno á quien honor incite
" A la selva tentar, negra y desierta,
" Que en buena hora la empresa solicite,
" Y al ménos traerá noticia cierta."
Dice, y la tentativa se repite
Tres dias, y á vencer ninguno acierta
Aun de los más famosos: cuantos fueron,
De los horrores mágicos huye: on.

XXXII

Tancredo, ya cumplido el deber santo
De sepultar á su querida amiga,
Aunque lánguido aún por su quebranto,
Y mal apto á llevar yelmo y loriga,
Sabido que hubo del comun espanto,
El riesgo no rehuye ni fatiga;
Que tal vigor su corazón infunde
Al cuerpo, que parece que allí abunde.

XXXIII

Va, pues, el paladin, cauto y sereno,
Solo y callando, al grande riesgo ignoto;
La selva cruza de temor ajeno
Sin curarse del trueno y terremoto;
Sintió (mas fué un instante) que su seno
Agita un leve, insólito alboroto;
Pasa adelante, y ve en el bosque luego
Súbito alzarse la ciudad de fuego.

XXXIV

Detiéndose dudoso alguna pieza;
" Las armas (piensa) ¿qué valen ahora?
" ¿A la boca de un monstruo, á la braveza
" De una fiera, á la llama abrasadora
" Me he de arrojar? Guardarse es gran vileza
" Cuando el morir la pro comun mejora;
" Mas como aquí, perderse inútilmente
" De pródigo es acción, no de valiente.

XXXV

“ Mas ¿qué el campo dirá si retrocedo?
 “ ¿Cuál otra selva aprovechar se espera?
 “ Ni dejar de tentar querrá Gofredo
 “ La aventura. Quizá si acometiera
 “ Hallara que la hoguera que da miedo
 “ Más de apariencia es que verdadera:
 “ Que lo que fuere sea.” Así diciendo,
 Dentro se lanza. ¡Oh ánimo estupendo!

XXXVI

Bajo las armas, cree que no siente
 Propio calor de fuego enardecido,
 Aunque la llama ser real ó aparente
 Mal tan pronto juzgar pudo el sentido;
 Que á su entrar desaparece de repente
 El simulacro, á nube reducido
 Oscura, densa y fria. Tambien ésta
 Pronto disuelta va por la floresta.

XXXVII

Atónito quedó, mas no asustado
 Tancredo, y cuando todo mira quieto,
 Con firme pié penetra al hechizado
 Bosque, en lo más recóndito y secreto.
 Mas fantasmas no ve ni inesperado
 Estorbo encuentra en el lugar escueto;
 Sino que del ramaje la espesura
 La vista y pasos embaraza oscura.

XXXVIII

Al fin á un llano en forma se aproxima
 De anfiteatro, sin árbol ni maleza,
 Salvo un ciprés en medio, cuya cima
 Cual pirámide, al cielo se endereza;
 A él se dirige, y ve que por encima
 Grabados tiene signos su corteza
 Como los que el antiguo Egipto usaba
 Y en ellos sus misterios encerraba.

XXXIX

Que entre esos signos unos hay advierte
 En lengua que él bien sabe, de Soría:
 “ Tú á quien á este asilo de la muerte,
 “ Audaz guerrero, trajo tu osadía,
 “ Si tan cruel no eres como fuerte,
 “ No vengas á turbar con fuerza impía
 “ Este lugar. Perdona á los que yacen,
 “ Que á los muertos los vivos guerra no hacen.”

XL

Tal era la inscripcion. Él busca atento
 Cuál fuera su recóndito sentido;
 En tanto, sin cesar murmura el viento
 Del bosque en el follaje alto y túpido,
 Y forma un flébil són, como concento
 De llanto, de sollozo y de gemido,
 Que el pecho de un confuso afecto llena
 De lástima y dolor, de susto y pena.

XLI

Saca por fin la espada, y fuertemente
 El alto ciprés hiere ¡Oh maravilla!
 Brota de la corteza de repente
 Sangre que el suelo tiñe y la cuchilla.
 De saber qué es aquello él impaciente,
 Una vez y otra el árbol acuchilla.
 Entónces cual de tumba oye un gemido
 Salir vago, indistinto, dolorido;

XLII

Luego más claro: “Con exceso fiero
 —Dice—“Tancredo, me ofendiste; baste
 “ Que del cuerpo que mio fué primero
 “ Y en que feliz vivía, me arrojaste.
 “ ¿Por qué este tronco, triste abrigadero
 “ Que el destino me dió tambien tronzaste?
 “ Aun muertos tus contrarios, ¿es posible
 “ Que al sepulcro los siga tu ira horrible?”

XLIII

“ Clorinda fuí; no está sola encerrada
 “ Aquí mi alma en tronco áspero y duro;
 “ Cualquiera á quien la muerte fuere dada,
 “ Pagano ó franco, al pié del alto muro,
 “ Cuerpo toma, ó más bien tumba encantada,
 “ En un árbol, por raro y gran conjuro:
 “ Aquí ramas y troncos tienen vida,
 “ Y serás, si los cortas, homicida.”

XLIV

Como en el sueño ve un febricitante
 Un dragon ó quimera en fuego ardiendo,
 Aunque sospeche en duda vacilante
 Que es forma vana aquel espectro horrendo,
 Quiere con todo huir del que delante
 Vestiglo tiene, y dél está temiendo;
 Así el tímido amante, no cree cierta
 Su vision; mas se turba y desconcierta.

XLV

Su tierno corazon, á quien domina
 Vario afecto, se hiela y estremece,
 Y á la impresion potente y repentina
 La espada suelta. No el temor le empece,
 Mas delira. Llorosa allí vecina
 Su dama que ofendió ver le parece:
 Correr aquella sangre ver no quiere,
 Ni aquel gemido oír de álguien que muere.

XLVI

Así aquel pecho audaz, cuya entereza
 Ni muerte asusta ni otro riesgo mueve,
 Sólo de amor conoce la flaqueza;
 Le engañan falsa imágen, queja leve.
 Sopla un recio huracan con tal braveza,
 Que el hierro que soltó de allí remueve.
 Vencido váse, y al salir, la espada
 Ve y recobra, del viento arrebatada.

XLVII

Mas no volvió, ni renovó el intento
 De penetrar las artes escondidas;
 En cuanto al jefe halló en el campamento
 Y ánimo y fuerzas recobró perdidas,
 Díjole así: “Señor, escucha atento
 “ Cosas por increíbles no creidas:
 “ Cuanto han dicho del bosque aquel desierto,
 “ Ruido, encantos, horrores, todo es cierto.

XLVIII

“ Ví aparecer maravilloso fuego
 “ Sin materia encendido; en un instante
 “ Sube, se extiende, un muro forma luego
 “ Que mil monstruos defienden, rutilante:
 “ Avanzo, y sin lesion al centro llego
 “ Por el fuego á la turba amenazante;
 “ Heló, se oscureció, luego del dia
 “ La claridad volvió que ántes lucia.

XLIX

“ Más diré: que á los árboles da vida
 “ Alma humana que siente y que razona:
 “ La prueba tengo; que por mí fué oída
 “ Voz flébil que mi pecho aún impresiona:
 “ Sangre saca á los troncos cada herida,
 “ Cual si dádose hubiera á una persona.
 “ No puedo, no (vencido ya me llamo),
 “ Ni tronco derribar, ni cortar ramo.”

L

Así concluye. Al Capitan agita
 Un mar de pensamientos, entretanto,
 Si él mismo deberá partir, medita
 A tentar lo que juzgan que es encanto,
 O el material buscar que necesita
 Más léjos, pero no con riesgo tanto.
 De esta duda en que se halla discurriendo
 Le saca el ermitaño, así diciendo:

LI

“ Deja audaces designios: vendrá presto
 “ Quien á esa selva de árboles despoje:
 “ Ya la nave fatal la prora ha puesto
 “ En la arena, y las áureas velas coge,
 “ Rotas viles cadenas; á su puesto
 “ Llega el guerrero que al pagano arroje;
 “ La hora se acerca en que ha de ser tomada
 “ Sion, su hueste toda derrotada.”

LII

En tanto que habla así, su faz se enciende
 Y más que humana su palabra suena.
 Gofredo á nuevo pensamiento atiende:
 Quiere romper del ocio la cadena.
 Ya el sol que hácia el celeste Cancero asciende
 De no usado calor la tierra llena,
 Contrario á sus designios, insufrible,
 Que guerrera fatiga hace imposible.

LIII

No se ve ya en el cielo astro benigno:
 Sólo estrellas infaustas en él brillan,
 Que con influjo tétrico y maligno,
 De muerte el aire y corrupcion mancillan:
 Crece el nocivo ardor del triste signo;
 Los males á las gentes acribillan,
 A mal día peor noche sucede,
 Y á ésta el día siguiente en daño excede;

LIV

Siempre al naciente sol le cerca y baña
 Vapor de sangre el disco luminoso,
 Que por la forma y la color extraña,
 De infeliz día anuncio es ominoso;
 La roja mancha que al caer le empaña,
 Que igual ha de volver no hace dudoso;
 Y al temor de los daños que se esperan,
 Los ya sufridos males se exasperan.

LV

Cuando sus rayos del zenit derrama,
 Sólo alcanzan á ver mortales ojos
 Flores marchitas, desecada rama,
 Resquebrajada tierra con abrojos,
 Fuentes sin agua que secó su llama;
 De iras celestes míseros despojos;
 Estéril nube que en el aire vuela
 Y cual lumbre sutil, la esfera vela.

LVI

Horno negro parece el firmamento;
 Nada la vista lánguida recrea;
 En sus cavernas calla el manso viento,
 Y ninguna aura suave el campo orea;
 Sólo sopla cual de una hoguera aliento
 El Simoun que la ardiente Libia crea,
 Que pesado, caliente y sofocante
 Golpea el pecho opreso y el semblante.

LVII

Ni son las noches plácidas y quietas,
 Que el sol de su calor deja impregnadas;
 De ráfagas de fuego y de cometas
 Continuo en turbia luz se ven cruzadas;
 A la sed que en la tierra abre las grietas
 De rocío unas gotas son negadas
 Por luna avara. En vano yerba y flores
 Piden para vivir frescos humores.

LVIII

De esas turbadas noches huye el sueño
 Desterrado: los lánguidos mortales
 Búscanle en vano con ansioso empeño.
 Mas excede la sed todos los males,
 Pues el que es de Judea inicuo dueño,
 Ha enturbiado con tósigos letales
 Toda agua, más dañosa á los vivientes
 Que de Aqueron y Estigia las corrientes.

LIX

El Siloé pequeño que ántes daba
 Agua pura á los francos, ora apénas
 Tibias, escasas linfas arrastraba
 De su fondo en las áridas arenas,
 Cuando la sed aun poco imaginaba
 A saciarse del Po las anchas venas,
 Y el Gange y Nilo donde más abunda
 En siete bocas, y el Egipto inunda.

LX

Si alguno vió tal vez, en verde orilla
 De un lago rielar líquida plata,
 O saltar bullidora fuentecilla
 Entre las rocas, ó de mata en mata,
 El recuerdo en su ansiosa mente brilla,
 Y da materia á su deseo ingrata,
 La imágen dulce y fresca al pensamiento
 Le irrita y seca y da mayor tormento.

LXI

Vése el robusto cuerpo del soldado
 A quien ni el caminar por agria sierra,
 Ni de las férreas armas ir cargado
 Ni enemigo feroz jamas aterra,
 Por el calor ardiente desmayado,
 Sin poderse valer, yacer en tierra:
 Oculto fuego que en sus venas mora
 Destruyéndole va hora por hora.

LXII

Desfallece el corcel ántes ufano;
 La yerba que gustaba ya detesta;
 Con mal seguros piés vaga en el llano;
 Cuelga su cerviz triste, ántes enhiesta;
 Ni de sus triunfos un recuerdo vano
 Ni de más noble gloria amor le resta;
 Sus trofeos y premios gloriosos
 Parece que le son viles y odiosos.

LXIII

El fiel can languidece enflaquecido;
 Ya en la mansion de su señor no vela;
 Se echa, y de fuego interno consumido
 Fatigoso respira y recio anhela;
 Si por Natura fuéle concedido
 Anhérito que calma y que consuela,
 Es ninguno ó muy corto aquel alivio
 Si se aspira pesado el aire y tibio.

LXIV

Así sufre la tierra; así la gente
 Enferma, triste yace y miserable;
 Ya el pueblo fiel victoria no presiente
 Y fin funesto espera y deplorable;
 Por todas partes un rumor se siente
 De la turba que dice inconsolable:
 “¿Ya qué intenta Gofredo? ¿Ya qué espera?
 “¿Que su hueste perezca toda entera?

LXV

“¿Ah! ¿Con qué fuerza superar pretende
 “Los enemigos sólidos reparos?
 “¿Qué máquinas hará? ¿Sólo él no entiende
 “Los que de ira da el cielo signos claros?
 “Que en contra nuestra está bien se comprende
 “Por sus mil monstruos, mil prodigios raros:
 “Tal nos quema del sol la lumbre fiera,
 “Que ni un indio ú etiope resistiera.

LXVI

“¿Nada le importa, pues, y no se cura
 “De que estemos nosotros acabando
 “Turba inútil al cabo, vil y oscura,
 “Si él puede conservar el cetro y mando?
 “¿Tan grande y alta estima la ventura
 “Del que á pesar de todo está reinando,
 “Que retenerla trata ávidamente
 “Aun con tan grave daño de su gente?

LXVII

“ Este es el hombre á quien se llama pio,
 “ Providencia piadosa, ánimo humano,
 “ Que la comun salud ve con desvío,
 “ Por conservar honor dañoso y vano;
 “ Y viendo que nos faltan fuente y rio,
 “ Las aguas del Jordan pretende ufano
 “ Beber con unos pocos en festejo
 “ Mezcladas al de Creta vino viejo.”

LXVIII

Habla así el pueblo franco. El jefe griego
 Ya de seguir cansado su bandera,
 Dice: “Por qué aquí muero? ¿por qué entrego
 “ A igual suerte la gente que en mí espera?
 “ Si está Gofredo en su locura ciego,
 “ A él dañe y á los suyos su ceguera.
 “ ¿Qué se nos da?” Sin vénia ó despedida
 Callando hace de noche su partida.

LXIX

Cundió el ejemplo; cuando en día claro
 Se supo, de imitarle resolvieron
 Los que guiaban Clotario y Ademaro,
 Y otros que ya al sepulcro descendieron.
 La fe que á éstos juraran no es reparo,
 Que con ellos murió cuando murieron.
 Conciértanse en la fuga, y van partiendo
 Uno ú otro, según va oscureciendo.

LXX

Gofredo, aunque lo sepa y bien lo advierta,
 Y remedios poner pueda severos,
 Los aborrece y huye. La fe cierta
 Que montes muda, que torrentes fieros
 Seca, su mente le hace que convierta
 A Dios, con ruegos férvidos, sinceros:
 Las manos junta, y en su ardiente celo,
 Los ojos y la voz eleva al cielo:

LXXI

“ Padre y Señor, si al pueblo tuyo diste
 “ El maná dulce en medio del desierto,
 “ Y en mano de un mortal virtud pusiste
 “ De hender la roca, y de su seno abierto
 “ Vivas aguas sacar, hoy nos asiste
 “ Con tu bondad; no merecerla es cierto,
 “ Mas háganos tu gracia ameritados,
 “ Y válganos llamarnos tus soldados.”

LXXII

Esta humilde plegaria que dictada
 Fué por justo deseo con fe ardiente,
 Sin tardar vuela como el ave alada
 Hasta el trono de Dios omnipotente;
 La acoge el Padre Eterno, y su mirada
 Benigno vuelve á la cruzada gente,
 Y de sus graves riesgos y fatigas
 Apiadado, estas voces dice, amigas:

LXXIII

“ Hasta aquí duras pruebas, peligrosas,
 “ Sin cesar ha sufrido el pueblo amado;
 “ Y ocultas artes, armas insidiosas,
 “ Contra él infierno y mundo han empleado.
 “ Ora comience otro órden en sus cosas
 “ Que próspero les sea y fortunado:
 “ Llueva. Retorne su guerrero ilustre,
 “ Y Egipto venga á redoblar su lustre.”

LXXIV

Dijo, y los cielos vacilar parecen
 Con sus astros, sus soles y sus mundos;
 Tiembla el aire, los mares se estremecen,
 Y los montes y abismos más profundos;
 A la izquierda los rayos resplandecen;
 Braman los roncros truenos furibundos,
 Y á los cristianos nube densa y negra
 Da esperanza y sus ánimos alegre.

LXXV

Muéstrase repentina. No del suelo
Del sol por el influjo levantada,
Mas las puertas abriéndose del cielo
Veloz al bajo mundo fué mandada;
De inesperada oscuridad el velo
La tierra toda tiene circundada;
Rompe á llover con furia: el rio crece,
De madre sale, y lago ya parece.

LXXVI

Cual suele suceder si en el estío
La deseada lluvia el cielo envía,
Parvada de aves en el seco rio
La recibe piando de alegría;
Abren las alas y del grato frio
Disfrutar todas quieren á porfía,
Y donde la corriente más aumenta,
La turba á zambullirse va sedienta;

LXXVII

Así, gritando, el agua que abundante
El cielo compasivo les arroja
Saludan con placer; cuerpo y semblante,
Ropa y cabellos cada cual se moja
O hunde la mano en la onda refrescante;
Quién bebe en vidrio donde más recoja,
O el rostro ó la sien baña: algunos llenan
Vasijas que prudentes almacenan.

LXXVIII

Y no sólo la gente se complace
Y se alienta, y recibe nueva vida,
Aun la tierra que enferma y mustia yace
Seca, de grietas llena, endurecida,
Recoge el agua y plácida renace
Al sentirla en sus venas repartida,
Y largamente da frescos humores
A las plantas, las yerbas y las flores.

LXXIX

Bien como enferma á quien se dan vitales
Jugos que la refrescan y la alientan,
Y las causas quitando de los males
Que sus débiles miembros atormentan,
Los restaura y refuerza y vuelve tales
Que como nuevos su vigor ostentan;
Olvida el mal y afan que padecia
Y sus galas recobra y su alegría.

LXXX

Cesa la lluvia al fin; el sol alumbra,
Pero templado rayo y suave envía.
De viril valor lleno así acostumbra
Cuando de Abril á Mayo crece el dia,
Aquel á quien la fe en su Dios encumbra
Quitar al aire toda mancha impía,
Con la estacion cambiar órden y estado,
Y la rabia vencer de estrellas y hado.

FIN DEL CANTO DÉCIMOTERCERO.